

Sobre el humor

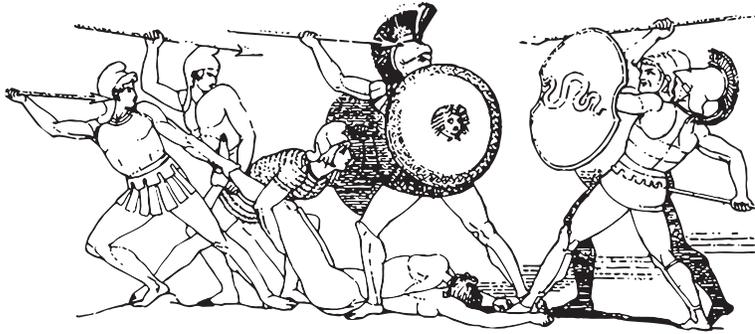
Decía Alejandro Mendoza Orellana (+), gran maestro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca, que la más apropiada definición de humor era aquella que tenía que ver con su naturaleza: el humor es la ruptura de la norma, en cualquier contexto que se dé.

Si la norma de comportamiento impone equilibrio, coherencia, medida, al romperse lo equilibrado, por la presencia del absurdo, de la incoherencia, de lo irónico, de lo caricaturesco; por la desmesura, evidentemente se está rompiendo

una norma conductual, vital, cotidiana.

Si en la vida real ocurren estas rupturas, cuando pasamos al terreno de la lengua, evidentemente estamos ante construcciones humorísticas.

Si tomamos, por ejemplo, uno de los casos más antiguos de literatura de humor, la parodia de la *Ilíada*, la *Batracomiomaquia*, que narra en tono épico, una guerra entre sapos y ratones, podemos registrar en ella algunos rasgos que luego aparecerán, a lo largo



de los siglos, en innumerables obras literarias.

Homero se refiere siempre a los héroes en tono épico, grandilocuente, evocando su origen o sus proezas, esto mismo, aplicado a un batracio o a un roedor, causa, irremediablemente, risa.

El teatro griego encuentra el mayor representante de la comedia en Aristófanes. Lo grotesco en él es como el resorte que mueve su mundo, y lo transforma todo en gran carcajada, como ocurrirá luego con los comediógrafos latinos, Terencio, con una cierta contención, que igual busca la risa del espectador, y Plauto con el uso de un grotesco desternillante en todo lo que hizo. La norma clásica del equilibrio se hace añicos en sus obras.

En la Edad Media los desbordes humorísticos que contrastan con el extremado rigor de la mentalidad religiosa general, aparecen en ciertas fiestas populares, como el Carnaval, en que las licencias que se tomaba la gente del pueblo eran de una audacia insospechada, y la risa, el grotesco, la máscara movían por pocos días el mundo, lo gobernaban.

El teatro era también marcadamente cercano a la religión, es el momento en que se originan los Autos y los Misterios. Los primeros alcanzarán un gran desarrollo, en pleno Siglo de Oro, pero son las piezas menores, los misterios, las farsas y los retablos, las que revelan toda la ruptura de las normas sociales, incluidas las que tienen que ver con la doctrina y prácticas

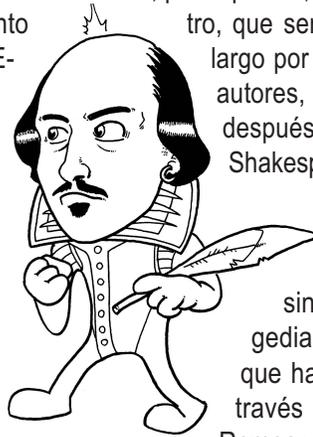
de la religión, las que muestran la gran risa medieval.

En el límite entre la Edad Media y el Renacimiento, del Oriente nos vienen LAS MIL Y UNA NOCHES, una amplia recopilación de historias, que mezcla fácilmente lo cotidiano, lo realista, lo erótico, el costumbrismo, la magia, el amor por el arte -sobre todo la literatura y la música- y, en ciertos momentos, un nada desdeñable sentido del humor, un poco excesivo y aún grotesco, eso sí.

Del temprano Renacimiento Europeo es EL DECAMERON de Giovanni Bocaccio, que parece haber conocido, o por lo menos escuchado de la existencia de los cuentos orientales. El conjunto de historias que recoge Bocaccio, en muchos casos está marcado por un sentido del humor popular y juvenil, bastante descarado y de una extraordinaria vitalidad.

Una vez más, el teatro recogerá en su producción y desplegará de modo asombroso y de gran ri-

queza, el sentido del humor que viene de los diversos estratos sociales de la época. Representante poco conocido, pero realmente asombroso por su vitalidad y desenfado es el Ruzante, que en LA MOSCHETA, alcanza su punto más alto de desarrollo cómico. El tono de farsa, el disfraz; la falta de un supuesto límite que podría tener un carácter más o menos estético, se disuelven en la gran carcajada de acentos populares de su obra.



Y, por supuesto, el gran maestro, que será seguido de largo por innumerables autores, hasta siglos después, es William Shakespeare.

El gran Maestro es sinónimo de tragedia, de drama, que han pervivido a través del tiempo, Romeo y Julieta, Hamlet, Otelo, El Rey Lear, Macbeth, son ejemplos acabados de lo que afirmamos. Pero el sentido del humor del gran dramaturgo, se filtra, incluso, el momento más in-

tenso del drama, de un modo más o menos involuntario, como cuando los músicos llegan a la casa de los Capuleto a dar una serenata y nada les convence de irse, ni siquiera el conocer que la persona a la que venía dirigida su música ha muerto.

La comedia shakespeariana es, a ratos, excesiva, como en ese primer encuentro entre los protagonistas de LA FIERECILLA DOMADA, que nos fuera plásticamente mostrado, con absoluta maestría por Zefirelli, en el filme con Elizabeth Taylor como Catalina y Richard Burton como Petrucchio.

El disfraz -que llega al travestismo, los juegos de palabras, el estudio de caracteres, que pueden muy bien ser caricaturescos, todo vale en la comedia shakespeariana, que luego será aprovechada por los grandes clásicos del teatro español, especialmente el inefable Lope de Vega. o los del Gran Siglo Francés, y su incomparable Moliere.

Los Siglos de Oro de España cuentan con innumerables figuras literarias, ligadas al humor, pero solo mencionaré unos pocos, que considero cifras mayores: Cervantes, en El Quijote -la escena más hilarante es la nocturna de la posada y su deliciosos equívocos- alcanza momentos inolvidables de la tendencia. Pero es igualmente divertido en su teatro, especialmente en la breve obra "La guarda cuidadosa", que hace muchos

años puso en escena el Teatro Ensayo de la CCE. Los otros autores que tengo en mente son, sobre todo, poetas: Don Francisco de Quevedo, uno de los mayores talentos de la sátira en español; don Luis de Góngora, tan casi inalcanzable en el Polifemo, y tan feroz en

las diatribas poéticas contra sus contemporáneos, con Lope de Vega, tuvieron los dos verdaderas batallas poético-satíricas, divertidas para quien veía el combate desde fuera. Y un poeta brillante, pero no muy conocido, Bartolomé Leonardo de Argensola, que les recomiendo lo busquen y gocen de



su risa, ya taimada, ya mordaz, siempre inteligente.

Todo lo dicho, simplemente como un marco a una breve reflexión en torno al humor en la literatura ecuatoriana.

A mi modo de ver, la primera muestra humorística de nuestras letras es del siglo XVIII, y se da en un poema que, digan lo que dijeren los sabios que nunca faltan, es una muestra clarísima de regionalismo. Ya ustedes intuyeron que se trata del BREVE DISEÑO DE LAS CIUDADES DE GUAYAQUIL Y QUITO, de nuestro inefable y primer gran poeta, el jesuita Juan Bautista Aguirre - los que le precedieron, en general, eran versificadores religiosos, pero el sentido realmente profundo, elaborado, de lo lírico filosófico (CARTAA LISARDO) o humorístico lo hallamos en su obra.

Es increíble el despliegue del talento irónico del sacerdote contra la

capital. Su amor por Guayaquil, a la que adopta por cuna, pues él era dauleño, roza la idolatría, y su odio por Quito llega a lo inverosímil. Obra es, de imprescindible lectura. En el siglo XIX, un autor que podría parecer inverosímil asociarlo al humor es Juan Montalvo, pero hay que reconocer que un humor calcinante como el de Las Catilinarias, de tinte exclusivamente político y con una capacidad de insultos que rebasa todo límite, tiene al mismo tiempo una gran carga de risa, caricatura e ironía.

Hay que reconocer que un humor calcinante como el de Las Catilinarias, de tinte exclusivamente político y con una capacidad de insultos que rebasa todo límite, tiene al mismo tiempo una gran carga de risa, caricatura e ironía

Irónico es también, Francisco Aguirre Guarderas, en su comedia RECETA PARA VIAJAR, que produce una incontenible hilaridad, pero que a finales del siglo XIX (1892, año de su estreno) causó un marcado escozor en algunos grupos burgueses de Quito.

En los inicios del Siglo XX la figura más áspera del humorista fue la de Manuel J. Calle, dotado de un sentido de la sátira, el ridículo y la ma-

lignidad, que le causaron innumerables enemistades, tanto en el bando conservador al que se suponía atacaba, como en el de los liberales en el que militaba.

inspirada a veces en los grandes dramas sociales, pero dotada de un punzante humor que obligaba no solo a reír si no a pensar, a meditar, a criticar.

Trabajo inolvidable del humor popular y de rasgos campesinos de la costa es la obra de José Antonio Campos, conocido como Jack the Ripper. Narrador lleno de ingenio, pintoresco, dueño de una risa fácil, construyó un sinnúmero de estampas populares caricaturescas, que aparecieron antes que en libro en los periódicos y causaron la alegría de innumerables lectores.



Una mezcla entre el columnista dotado de humor y el dibujante de igual naturaleza, son los autores de los llamados “memes”, que, a veces, producen verdaderos chispazos de ingenio, capaces de provocar sonoras carcajadas. Uno de los rasgos del “meme” es la velocidad con que aparece, incluso antes que el suceso al que ridiculizan haya terminado de ocurrir.

El humor de numerosos escritores se vertió en los periódicos, y fue una tradición que se mantuvo largamente, incluso hasta el presente siglo. Tres nombres me vienen a la mente en este momento y son paradigmas del humor de los articulistas de prensa contemporáneos: Simón Espinosa, Francisco (Pájaro) Febres Cordero y Edmundo Maldonado. Habilísimos caricaturistas sumaron a su presencia risueña su labor dibujística,

La gracia popular, en distintos niveles, que iban de lo sutil a lo grotesco, había alcanzado fama en otras épocas, y la sal quiteña, por ejemplo, considerada paradigma, fue celebrada, repetida y modificada, de acuerdo con los intereses de quienes la aplicaban.

Las pequeñas ciudades, cerca de otras mayores, se convirtieron, en distintos momentos, en las víctimas de propiciación de la risa.

Caso de un humor absurdo es el que cuentan ocurrió en una ciudad cercana a Cuenca, que era el blanco de todas las bromas, la mayor de las cuales fue la construcción verbal de un museo imaginario en el que estaban los objetos más absurdos como el taco de la bota itálica, el tapacubos de la rueda moscovita o la paila del Dulce Nombre de María.

voces absurdas, y así, se consideran rasgos humorísticos algunos de los que conforman la narrativa de Pablo Palacio. Alejandro Carrión, dueño de un ácido sentido del humor lo sacaba a flote en sus artículos, que basados, generalmente, en la sátira y la caricatura, alcanzaron una cierta fama. Alguno de sus cuentos exhibía también este rasgo.

En una de las dictaduras, alguien pintó un graffiti en el gran cerramiento de una casa cercana a la ciudad, en que señalaba que allí quedaba el Museo. El Jefe Civil y Militar de la Plaza, tomando sobre sí la ofensa, mandó destruir el muro, en un gesto digno de integrarse a los bienes del museo imaginario.

La literatura ecuatoriana del siglo XX, marcada en sus grandes inicios por la austeridad expresiva del realismo socialista, encontró en uno de los integrantes de la Generación del Treinta una de sus

La generación del 70 encontró su mejor representante en Carlos Carrión, que no solo usó y usa de la ruptura de la norma en muchos momentos de su notable obra narrativa, si no que halló un despliegue abundante en algunas narraciones largas y breves. El mejor ejemplo de humor negro es, sin duda, su novela “¿Quién me ayuda a matar a mi mujer?”.

La gran risa de este hombre menudito ha roto con la tradicional adustez del relato ecuatoriano y mostrado la capacidad de los escritores para reírse de sí mismos, de

La generación del 70 encontró su mejor representante en Carlos Carrión, que no solo usó y usa de la ruptura de la norma en muchos momentos de su notable obra narrativa, si no que halló un despliegue abundante en algunas narraciones largas y breves

los demás, de la sociedad entera, con admirable calidad literaria.

Felipe Aguilar Aguilar, ex profesor de la Universidad de Cuenca es de los pocos críticos literarios ecuatorianos que ha consagrado numerosas páginas -un libro entero, su discurso de ingreso a la Academia Ecuatoriana de la Lengua-, a analizar con regocijo las obras de algunos de sus contemporáneos. Creo que con su ejemplo, a futuro,

deberíamos prestar más atención al sentido del humor de los literatos ecuatorianos de las generaciones aún activas y nuevas, y reírnos alegremente con su risa, incluso en tiempo ajenos a toda alegría, porque si el humor hace milagros uno de ellos es, precisamente, darnos respiros en medio de las crisis, la depresión social y el malgenio.

¡Adiós, amigos, y muy buena risa!

* **Jorge Dávila Vázquez.** Es un escritor, catedrático y crítico ecuatoriano. Ha obtenido varios e importantes premios literarios. En 2016 le fue otorgado el premio nacional Eugenio Espejo, en la categoría de creaciones, realizaciones y actividades literarias.